

Valorar positivamente (o negativamente)

Fernando Lázaro Carreter

1985

Cuesta mucho trabajo imaginar cómo la Humanidad ha podido atravesar siglos y edades sin cosas tan imprescindibles como son el aire acondicionado, la residencia secundaria, el vídeo y los refrescos caudatos. Con cola, quiero decir. Sin estos especialmente, bebiendo sólo agua para refrescarse. Víctima insigne de tal carencia fue don Felipe el Hermoso, tras la sudada del partido de pelota. ¿Cómo es posible que no pereciera la especie, de ese o semejante modo? Pues aún resulta más difícil concebir cómo los hispanohablantes fueron capaces de expresarse sin poseer esas palabras, delicias nuestras, que desde hace poco nos permiten, por fin, ser exactos e inequívocos en la comunicación. Sin salir de aquellas épocas áureas, ¿cómo tratarían la unión de las Coronas de Aragón y de Castilla, si no disponían de la palabra *tema*, si no podían hablar del *tema de los reinos*? Por eso les salió tan mal aquello, y tenemos que andar corrigiéndolo. «En esto descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo. . . » Se justifica que no leamos ese libro donde se derrocha tanta imprecisión; hoy podría decirse, con elegancia suma, que descubrieron el *complejo harinero* de Montiel.

Si, aunque resulte increíble, quienes hablaban español se atrevían años atrás, a tratar de casi todo (los que tenían y sabían y seguimos teniendo y sabiendo), sin registros *rutinarios*, sin que *culminara* lo que, simplemente, concluía; sin hacer caso de ciertas cosas, pero no *ignorándolas*, sin embargo; sin pensar que era histórica cualquier decisión de trámite; jamás los zalameros juzgaron que fuera *alcaldable* Pedro Crespo, y Carlos III no *remodeló* Madrid: se limitó a adecentarlo. No se *reinsertaron* los emigrados liberales muerto el Rey Felón, únicamente se reintegraron a su patria. Discutían unos con otros asuntos concretos, pero les faltaba el matemático adjetivo *puntual*. Lope de Vega jamás dijo que la belleza de Elena Osorio era *importante*; extraña cómo ha durado tanto su fama de hermosa, y la de sus amores con el Fénix, que nunca constituyeron un *romance*. El cual, por cierto, terminó, y no *finalizó* ni

culminó dejando honda huella en el poeta; no lo *impactó*, porque no conocían este vocablo aquellos desgraciados.

Los políticos de esos siglos oscuros que llegan casi hasta nuestros días tampoco eran particularmente despabilados. Llamaban con rudeza *cuestión social* a los conflictos sociopolíticos. Torpes. Se referían a la *diversidad de partidos* sin sospechar que eso se denominaría arco parlamentario. Los *dirigentes* aún no eran líderes, ni los jabalíes *oradores incisivos*; un conjunto de leyes no constituía un *paquete legislativo*. Por cierto, que aquellas no *contemplaban* nada; se limitaban a disponer u ordenar. Las demandas aún no se exponían en *plataformas*. Los jefes celebraban reuniones y no *cumbres*, y había paro y no *desempleo*. (Choca que un político joven, como es el presidente del Gobierno, empleara el vocablo *paro* en su discurso de investidura, y añadiera, desafiando a la modernidad. «No intentemos disfrazar su crudeza con el término menos agresivo de *desempleo*». No es menos agresivo; es más «guay».)

¡Qué mancos de expresión aquellos políticos viejos, que acordaban y no *consensuaban*, que hacían conjeturas o cábalas, sin *especular*, que se comunicaban sin *contactar*; cuyas discusiones versaban de hechos, sin alcanzar a ser *factuales*; que sólo aspiraban a dirigir organismos, sin que los *entes* se les pasaran por la cabeza; que se coligaban, gesto de menos amplitud que *coaligarse*; que manifestaban su aquiescencia a un proyecto de ley, sin sentirse obligados a *darle luz verde*. Edad de piedra del lenguaje político, la cual, por desidia, había de acabar como acabó.

Démonos cuenta de que ni siquiera a los intereses de partido sabían llamarlos *partidarios*. Asombra pensarlo. ¿Cómo podía arrebatarse Maura con su oratoria, diciendo, por ejemplo, en 1901: «Se nos impone la necesidad de que el patriotismo hable por encima de todas las voces *de partido*»? Inconcebible.

Pues bien, desde hace algunos años, nuestro neolenguaje neopolítico se ha enriquecido con un instrumento de precisión japonesa: *valorar positivamente* (o *negativamente*). El Gobierno, digamos, entra anunciando un referéndum sobre nuestra permanencia en la OTAN. El PC *valora* este anuncio *positivamente*, y AP lo *valora negativamente*. El mismo Gobierno, digamos, tras sesudo replanteamiento de la cuestión, frena y se inclina por permanecer en la OTAN; el PC, entonces, carga el verbo *valorar* con una raya, y AP con una cruz. Cruz y raya, más y menos, exactitud muy propia del *esprit de géometrie* reinante.

Pieza admirable, asombrosa, esta singular expresión. ¿Qué cabía hacer antes? Volvamos al ejemplo. El Gobierno socialista decide, renunciando por una vez a gran parte de sus votos, que no hay salida en el «tema OTAN»; y ello requiere un comentario, una declaración, un algo por parte de los conservadores. ¿Qué podrán

decir disponiendo sólo del antiguo arsenal lingüístico? Puesto que la rectificación gubernamental les ha gustado muchísimo deberían soltar el chorro de la alegría y proclamar, por ejemplo: «Nos sentimos felices por la sensibilidad atlantista del Gobierno». Resultaría horrible; hay que enfriar el tono. «Compartimos enteramente el parecer del Gabinete.» Ya suena mejor, pero ¿es que la oposición puede compartir algo con sus opuestos? «Estamos conformes con lo decidido por los socialistas»; «creemos que el Gobierno ha adoptado una decisión correcta. . . ». Son fórmulas posibles; no reflejan, sin embargo, un fundamental detalle: que la oposición siempre había defendido la permanencia en la OTAN, y que, por tanto, precedió en el Gobierno en el acierto. Tratemos de expresar a la antigua este matiz: «Felipe González se adhiere a nuestra postura». Excesivo. «El Gobierno se apea del burro y nos da la razón.» Vulgar; y obviamente falso, porque la razón se la ha dado a Mr. Reagan.

Difícilísimo hallar la declaración justa, contando con el idioma pobre de nuestros padres. Y aquí está la solución: «Nuestro partido *valora positivamente* la decisión del Gobierno». No necesito advertir que se trata sólo de un ejemplo inventado: no me consta que tal proclamación haya sido hecha así por los conservadores hispanos. Incluso no he observado en ellos una proclividad especial a esa sandez, frecuente, en cambio, en la jerga sindical. Pero, jugando con el invento, pueden observarse, de modo muy didáctico, las ventajas del gran hallazgo verbal. Por lo menos son estas:

1. Es un tecnicismo sólo apto para profesionales. Estos, al utilizarlo, junto con otros de tal estirpe, marcan la distancia enorme que los separa del común ciudadano. No intentemos, pues, juzgarlos: basta con que los votemos.
2. El carácter neutro, nada emotivo de *valorar positivamente* o *negativamente*, permite introducir en las relaciones entre contrarios una fría cortesía. Hoy por mí, mañana por ti.
3. Ahorra esfuerzo mental, exonera de buscar matices, deja la sustancia cerebral en reposo, no causa alteración del proceso digestivo.

Son, como vemos, abundantes ventajas de las cuales tal vez sabrá aprovecharse el idioma general. «Mira qué calcetines te he comprado», dirá un día la esposa al esposo. «Los *valoro positivamente*», podrá contestar este, suprimiendo el «son muy bonitos» o el «me gustan mucho», el «parecen muy abrigados» u otros comentarios así de pueriles. No nos preocupe si privamos a los políticos de su utensilio: ya se fabricarán otro. No cesan de discurrir para no discurrir.